

MITRE FERNÁNDEZ, EMILIO, *La Muerte Vencida. Imágenes e historia en el Occidente Medieval (1200-1348)*, Madrid, Encuentro Ediciones, 1988, 150 páginas.

Un importante aporte a la historiografía de la muerte —a que los españoles prestaron escasa atención por el momento— es este libro de Emilio Mitre Fernández, quien se declara seguidor de la "Nouvelle Histoire" y con las herramientas metodológicas de esta escuela ha emprendido una serie de trabajos, unos publicados en revistas especializadas, otros a publicarse, que recoge en este volumen.

Debido a la complejidad que presenta tema tan abarcador Emilio Mitre se ciñe al momento de la muerte y pone de relieve el cuidado que debe ponerse en la interpretación de las palabras. Dentro del ámbito geográfico que ensancha a toda la Europa Occidental se restringe al periodo considerado como el del Medioevo clásico, época que toma más como "una finalidad en sí misma que como raíz o precedente de visiones posteriores. Pone el acento así en la importancia de que sean los medievalistas quienes aborden el estudio de la muerte en clara alusión a autores que consideran a la Edad Media como un punto de partida (Vovelle) o como etapa de un largo camino (Ariès).

En el primer artículo titulado "El Sentido Medieval de la Muerte. Reflexiones desde el prisma del siglo XX", Mitre Fernández elabora algunas consideraciones sobre la muerte natural y entiende que la palabra "natural" posee distintos significados de acuerdo con la ideología que se sustenta o el momento en que se escribe. Analiza brevemente la metodología empleada por los historiadores de la muerte tales como Ariès, Vovelle, Chiffolleau, Saignieux y Jankelevitch y subraya el lento cambio en la sensibilidad colectiva que se venía operando antes del crucial año de 1348. Testimonios de toda índole reflejan esta mutación que contiene el germen de una muerte más personal y por ende más humana.

Los esquemas binarios constituyen el contenido del segundo trabajo titulado "Muerte Corporal/Muerte Espiritual (Un proyecto de desdramatización de la muerte en la religiosidad medieval), pero el hilo conductor que subyace en él es el tema —bastante controvertido en razón del signi-

ficado que a esta palabra se le puede dar— de la desdramatización de la muerte.

La desdramatización de cualquier situación —nos dice el autor— proviene de un concepto filosófico que se traduce en actitudes y comportamientos de los hombres. Frente a la postura de un L. V. Thomas reclama para el hombre medieval un lento proceso de desdramatización de la muerte que abarca el siglo XIII y principios del XIV que “dará a la muerte el significado de fenómeno plural”. Para ello rastrea en la tradición bíblica y en la patristica la dialéctica muerte corporal/muerte espiritual. La muerte —resultado del pecado— puede entenderse en su doble vertiente: como castigo y como acto redentor, acto éste que termina por abolir la muerte.

En la dualidad cuerpo mortal/alma inmortal se observa con plenitud la diferencia entre el pensamiento helénico —Platón en particular— que consideraba la muerte como separación del alma y del cuerpo —un elemento moría, el otro no— frente a la idea semita de la muerte del hombre en su totalidad. El cristianismo hubo de adaptarse a ambas concepciones: si el hombre entero es quien resucita, es el alma la que informa, que da forma al cuerpo. A partir de estas premisas existen niveles de matizaciones que la misma Iglesia se encargó de propagar y la idea de la dualidad se fue imponiendo así como la autonomía del alma respecto del cuerpo.

Se pregunta frente a otra dualidad, muerte culta/muerte popular, si es posible hacer un análisis por separado. Sobre esta ecuación hay que recordar que los historiadores de la muerte han tratado de valorizar la segunda como más auténtica, más real. Frente a ellos el autor considera —con razón— que la Iglesia acabó por uniformar el discurso sobre la muerte en un modelo apto para todos.

La causa de la muerte biológica es la separación del binomio cuerpo/ alma tan ampliamente registrado por cronistas y gente de letras en su más amplio sentido. “A través de la dicotomía cuerpo/alma como fuerzas enfrentadas, la intelectualidad del Medievo había ido configurando una pedagogía de las almas que, a través de las más variadas manifestaciones, pretendía hacer accesible a la masa de fieles el más terrible y generalizado misterio”. Por su parte las autoridades eclesíásticas, con vistas a desdramatizar la muerte, recurrieron a otras figuras, a otras imágenes, a otras muertes que la biológica. Se potenció así el sentido de la muerte espiritual, de la muerte del alma, llamada segunda o tercera muerte según el vocabulario empleado.

La espiritualidad franciscana —frente a la escolástica representada por Tomás de Aquino, Pedro Hispano y Vicente de Beauvais— forjará un

modelo más cercano a la mentalidad de las clases populares. San Francisco pone el acento en la corruptibilidad del cuerpo humano y por ende en la primacía del espíritu sobre las cosas materiales. Porque nuestra vida es un continuo correr hacia la muerte como afirma un discípulo suyo, San Buenaventura.

El concepto del dualismo se continúa en "Una visión medieval de la frontera de la muerte: *status viae* y *status finalis*. La idea de la vida como peregrinación se remonta al Génesis: Adán, el primer exiliado, inicia una serie de imágenes que persistirán a lo largo de los siglos. Pero si en el Viejo Testamento la muerte significa el fin de la vida, la revolución que trajo el Nuevo se sustenta en la resurrección de Cristo que dará sentido a la vida terrena —*status viae*— vida que marcha en prosecución de la unión definitiva con Dios —*status finalis*—.

Distintos pensadores elaboraron variaciones sobre este tema. Cipriano de Cartago, veía a los hombres como huéspedes y viajeros, San Agustín contemplaba a la humanidad como un largo exilio. La imagen de la peregrinación se relaciona con el *De Contemptu Mundi*, cuyo máximo exponente, Inocencio III, tuvo como seguidores a Ramón Llull y Bernat Oliver, para citar sólo dos representantes españoles.

La piedad mendicante colaboró en la forjación de este modelo y los hombres de letras y poetas —Dante especialmente— pusieron su peculiar visión en este tema. Hubo formas de dar sentido a este peregrinar: una fue a través de la muerte martirial y unida a ella se hallaba la idea de la cruzada. El autor sostiene que en la muerte de Luis IX de Francia se encuentra en forma perfecta la equivalencia de cruzada/muerte/imitación de Cristo.

El último y más extenso de los artículos —también el más coherente en razón de la profundidad con que se examina su tópico— versa sobre "La Preparación ante la Muerte en torno a 1300". Preparación que, según el autor, se realiza principalmente a través de la recepción de los sacramentos para llegar así a una sacramentalización de la vida y de la muerte. Como en los trabajos anteriores recoge la opinión de pensadores, teólogos, hombres de letras y legisladores sobre los sacramentos y sobre lo que hace a su defensa y explicación.

La unción de los enfermos como sacramento último del hombre merece especial atención y hacia 1300 se halla plenamente consolidada. Para ello una fecha de capital importancia es el año 1274 —concilio II de Lyon— donde griegos y latinos se pusieron de acuerdo respecto a la extremaunción como gesto final del hombre ante la muerte. Las disposiciones de sínodos y concilios apuntaron a estabilizar su práctica en tanto los laicos —también los eclesiásticos— parecieron resistirse a él.

A modo de conclusiones Emilio Mitre formula una serie de interrogantes, planteos que se han ido hilvanando a través de los trabajos aquí reunidos.

Frente al problema —por cierto hoy casi superado— del valor del año 1348 como signo de ruptura de una sociedad, como punto de flexión, retoma la opinión de los historiadores actuales al afirmar que tal ruptura no existió sino que hubo más bien una potenciación de la sensibilidad colectiva frente al fenómeno de la muerte resultado de los desastres climatológicos y epidémicos recurrentes. Porque hay que subrayar que dos obras tan importantes como son el *De contemptu Mundi* y el *Dies Irae* recogieron los frutos de una semilla echada a germinar siglos antes. Y las Danzas de la Muerte fueron la plasmación más grandiosa de leyendas que, como la de los tres vivos y los tres muertos, se arrastraban desde siglos atrás antes de eclosionar en creaciones literarias y plásticas.

Además es necesario tener presente que el pivote del pensamiento monástico fue el tópico de la muerte produciéndose de este modo una continuidad temática desde los albores del cristianismo hasta el siglo XVI. Por otra parte, como bien señala Mitre Fernández, en las dos “sumas” medievales del pensamiento de la muerte —las obras de Inocencio III y de Tomás de Celano— se pueden rastrear planteos que hablan de la desdramatización de la muerte para el justo. Si la idea de la muerte conlleva una carga de miedo, temor de dejar este mundo, temor por el más allá, la Iglesia se empeñó en edificar una victoria sobre la muerte rescatando el valor del momento supremo.

El título que Mitre Fernández dio a este volumen es acertado. Se trata de imágenes presentadas al lector en forma cronológica que tienen como fuentes los más grandes pensadores de la Europa Occidental. Su aporte a la historia de la muerte es valioso en tanto integra el pensamiento español —y por ende a España— en la corriente del pensamiento europeo occidental. España siempre segregada de la comunidad europea por los historiadores europeos. Así, como muy bien apunta el autor, los historiadores extrapeninsulares que abordan el estudio de la Edad Media española son llamados “hispanistas” en vez de “medievalistas”.

SUSANA ROYER DE CARDINAL